

LA HUMEDAD Y OTROS CUENTOS

Marina Beatriz Giménez

Palabras de Villa María

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2010
Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
Consultas: planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar
República Argentina, 2010
Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2010
Colección: Palabras de Villa María

Universidad Nacional de Villa María, Córdoba
AUTORIDADES
Rector: Abog. Martín Rodrigo Gill
Vicerrector: Cra. María Cecilia Ana Conci
Secretaría de Extensión: Mgter. Omar Barberis
Secretaría de Comunicación: Lic. Santiago Druetta
Secretaría de Bienestar: Abog. Luis Negretti
Director Editorial: Mgter. Carlos Gazzera
Carlos Pellegrini 211 P.A. - (5900) Villa María, Córdoba - (54) (353) 453-9145
www.unvm.edu.ar
e-mail eduvim@unvm.edu.ar

Fotografía de Portada: © Gabriel Riobó

Eduvim agradece a Gabriel Riobó la fotografía utilizada en la portada de este libro, de uso exclusivo para esta colección.

Giménez, Marina Beatriz
La humedad y otros cuentos. - 1a ed. - Villa María : Eduvim, 2009.
12 p. ; 20x13 cm. - (Programa de fomento de la lectura en adultos con autores cordobeses 2009-2010; 2)
ISBN 978-987-1518-83-8
1. Narrativa Argentina . 2. Cuentos. I. Título
CDD A86
Fecha de catalogación: 24/11/2009

Estos textos fueron seleccionados por la Universidad Nacional de Villa María y la Editorial Universitaria Villa María.

LA HUMEDAD

MARINA BEATRIZ GIMÉNEZ

Leyó en los azulejos. Ponerse los zapatos, darle de comer al gato, cuidar a mamá. Controlar que el gas esté cerrado, igual que las puertas, mirarse en el espejo, no hacer ruido.

Ese olor ácido que llega siempre hasta la cocina. Enciendo la hornalla, abro la canilla, me entretengo con el caer del agua. ¿Dónde queda el río?

No dejar que hierva mucho el agua. Llenar la bandeja, golpear antes de entrar.

Afuera parece que la gente amanece. Algunos sonidos llegan como voces de risa o de apuro.

Ahora que puedo estar tranquilo, ahora que nadie ve, puedo salir al patio y ordenar los caracoles.

Es fácil contar cuántos hay en los bananeros, pero se complica con los que andan escondidos debajo de las hojas, entrelazados en los pliegues, multiplicándose (igual que el mundo). Hace varios días que nadie los cuenta, los pequeños están enraizados, temerosos, esponjados en el dorso de las hojas tiernas. Hace varios días que nadie sale al patio.

La humedad ha hecho huecos en la carne, tengo frío.

Está oscuro adentro, las ventanas cerradas son como cicatrices.

Desde que dejó de caminar no permite que el sol interrumpa su silencio. Sus espacios rancios y estrechos, y el polvo que se ovilla sobre sí, y juega por la casa escondidas y rondas.

Farolera tropezó, por la calle se cayó y al pasar por un cuartel se enamoró...

Ella nunca se enamoró, porque el amor es de puertas abiertas, de brazos que aprietan; si ella se hubiera enamorado, hoy yo no estaría aquí, sólo.

Podría animarme a abrir la puerta, si golpearan, solo si golpearan. De otra manera mejor no correr el riesgo. El olor de la gente a veces tiene su olvido. Y el olvido tiene puertas transparentes.

Trato de recordar la última vez que la vi. O la anterior.

Igual siempre es lo mismo, no te ensucies la ropa, quedate quieto, no me hagas pasar papelones, siempre el mismo inútil.

Claro que ella no sabía lo de los caracoles. En la caja que está en la piecita del fondo ya tengo mil novecientos cuarenta y tres, y algún otro, que a veces se sube a mi cama, entre las frazadas, se mezcla con los cuadros marrones, o detrás de las patas de la cómoda. A veces creo que hasta logran meterse en los cajones.

Vení para acá, dejá de perder tiempo. Leeme algo, algo decente. (Me acuer-

do cuando de a ratos vuelve la memoria, le gustaba que le leyera.)

"¡Se acabó el tiempo de la espera!" (Apocalipsis 10.6)

La pava debe estar hirviendo.

Siempre quise barrer un poco la vereda, así podría conocer la cuadra, o juntar los caracoles del jardín. ¿Quién sabe? También quise volver a la escuela, pero ella dijo que mejor era quedarse en casa, igual que el día de mi cumpleaños, mejor no ensuciar la casa llenándola de niños.

Creo que tenía razón. A lo mejor hubieran descubierto los caracoles y eso no podía permitirlo.

Ya tengo lista la bandeja. Camino despacio, porque hay días en que las cosas se caen, por estupidez, por propio peso, por estupidez, voy mirando las baldosas, llego al pasillo, giro los pies. Golpear siempre golpear, antes de entrar. Porque si la farolera tropezó y se cayó, acaso yo sí, acaso no. Sostengo el peso con una sola mano, con la izquierda, porque la derecha golpea mejor. No contesta. Hace mucho que no contesta. ¿Hace cuántos días que no contesta? Me siento a esperar, estiro los pies, toco la otra pared del pasillo. Puedo ver cómo todavía algunos caracoles suben por la botamanga de mis pantalones esperando llegar quién sabe a dónde.

NUNCA MÁS

No recordaba haberse golpeado en esa parte del cuerpo. Sin embargo apenas despertó pasó instintivamente su mano por la meseta superior de la cabeza y luego de sentir la esponjosidad casi áspera de su cabello descubrió que justo en el medio del círculo superior su cráneo estaba hundido. El círculo de unos dos centímetros de diámetro se dibujaba justo en el centro. Hace tiempo sintió una leve molestia. Algo parecido a un insecto caminaba por su cabeza y cada vez que la sensación regresaba, con un movimiento automático de su mano daba unos golpecitos espantando lo que fuera que se atrevía a irrumpir su tranquilidad y su pensamiento.

La molestia regresaba varias veces al día y además de los golpes tuvo que agregar unos rasguidos suaves con la punta de los dedos porque la molestia se transformaba en comezón. Pero tantas cosas ocupaban su vida que los días pasaron y sólo fue esa mañana cuando descubrió que la ausencia de cabello se comenzaba a convertir en una pequeña depresión.

Con semejante agujero no pudo menos que salir con un sombrero y no tener que dar explicaciones, que por otro lado desconocía.

Se acostumbró a que ese algo en la cabeza le faltara, pero persistía la sensación de que alguien más sabía de este nuevo espacio en su cuerpo.

En realidad él estaba acostumbrado a las faltas, a las ausencias. Pero su soledad le servía para pensar. Y pensaba, y pensaba. Y casi que solo pensaba.

Las molestias cesaron, arriba, pero su mirada se volvió oscura, las cosas eran sombras. Los árboles y las personas eran sombras. Comenzó a caminar más despacio ante semejante oscuridad, pues temía caer. Una cosa es trastabillar y otra muy distinta es caer. He visto gente que nunca vuelve después de caer.

Su imagen en el espejo comenzaba a desdibujarse, a borrarse. Su visión de las cosas empeoraba. Está bien que también estaba lo del sombrero que le limitaba el espectro visual y además deformaba el ángulo de las cosas. El pensamiento era complejo, turbio. Lo primero que olvidó fue su nombre. Pero pensó que alguien podría llamarlo, en sus caminatas, reconocerlo y así recuperarlo. De lo contrario se conformaría con que lo llamaran hombre.

Las molestias aumentaron. Su voz se volvió grave, ronca. Nadie parecía escucharlo y él estaba cansado para querer hablar. Sus pasos cada vez más lentos lo llevaban en largos paseos a ninguna parte.

Experimentaba en lo profundo la sensación de estar perdido.

Ese día cuando despertó quiso recordar su infancia. Quiso recordar algo. Alguien. No había imágenes, no había voces, juegos, no había niño. Pensó si podría vivir sin recuerdos. De lo contrario debería inventar algún recuerdo o pedirlo prestado.

Lo interceptó el cansancio, el miedo. Podría contar historias de otros, historias que le contaran y, si no, improvisar una propia. Incluso esto daría sus beneficios pues podría elegir solo lo que quisiera recordar, aunque no fuera cierto.

Sus ojos negros se contraían como queriendo cerrarse definitivamente. Su boca babosa, lánguida no pronunciaba palabra.

Dijeron los médicos que sus lóbulos estaban creciendo, que su hemisferio derecho se estaba mezclando con el izquierdo y que todo era una gran confusión. Un caso raro de oscurecimiento.

Le recetaron tres pastillas rojas, dos gotas grandes de risperidona y una pizca de almidón de maíz.

Los médicos fueron claros, nada de andar por ahí sin sombrero.

Así pasó el tiempo y el hombre, la sombra y el sombrero se fueron poniendo viejos.

Se olvidó de su cabeza, de sus lóbulos, de sus piernas. Se quedó quieto.

.....

Todos vieron el día en que su cabeza explotó y entre un manojo pequeño de tripas y de sesos un pájaro negro con grandes alas, todavía mojadas por la sangre, voló.

Dicen algunos que era un cuervo igual al de Poe y en su vuelo repetía a modo de voz y graznido "Nunca más, nunca más, nunca más...".

Podría ser un escudo, algo que te proteja, no sé bien de qué, no sé bien de quién.

Pero sin embargo estaba ahí. Cerca, justo a un mosaico de mi cama. La primera vez no le presté demasiada atención. Si hasta la pisé. Quizá estuvo varios días esperando a que yo la descubriera.

Esa mañana miré, como quien mira, y en ese preciso momento la vi. Redonda, pálida y rojiza. Sus bordes esfumándose hacia los bordes del mosaico.

No le presté mucha atención. Se traen muchas cosas en los zapatos.

Los días pasaban y ella seguía allí, pegada a mi cama, mirándome fijo con su único ojo.

El cansancio comenzó a agobiarme, las noches demasiado cortas, maldormidas. La mancha parecía crecer un poco, extenderse. Agarré un trapo, empecé a resfregar, pero más trataba de borrarla, con más fuerza aparecía.

Le eché la culpa al perro que siempre andaba con su baba por todos lados. Pensé: la baba de un perro debe tener una extraña composición química que la mantiene viva igual que a una criatura. Recordé en ese momento la clase de biología y esos organismos unicelulares. Eran medio espantosos y extraños como mi mancha. Pero mi mancha era obsesivamente redonda.

Por la noche trataba de mirarla más profundamente, de comprender. Figuras desconocidas para mí aparecían. Rostros antiguos medio desfigurados por los granitos esparcidos de cada cuadrado, rostros de niños casi ángeles, casi no. Pasaba una multitud extravagante y confusa por ese pequeño espacio que cada noche me dedicaba a custodiar y revisar exhaustivamente. Con los días iba cambiando de color, se volvía marrón, acre, ya no era ese rojo profundo y espeluznante. Ya era un espectro de mancha en decadencia. Hasta que volvía a renovarse en otra de nuevo roja impecable y amenazante.

Pasaron los días, los meses y ella seguía allí, un poco más grande, los bordes ocupando más cuadrados en el piso, desdibujándose, rariforme, juraría que un extremo luchaba por trepar a la pata de la cama.

Yo, mientras tanto seguía pensando opciones racionales que explicaran el proceso ininterrumpido del crecimiento e invasión de una mancha.

Arriba de la mesa de luz había algunos medicamentos, jarabes espesos, color guinda, engañosos, dulces y amargos y también gotitas para las rinitis y otras itis que ahora no recuerdo. Se me ocurrió que tal vez las ampollas de betametasona se hubieran derramado y fueran ahora la causa de la mancha. No tomaba una decisión todavía entre la baba del perro y la medicación. Lo cierto es que la mancha crecía y estaba a cuatro baldosas de la cocina.

Ahora sí que empecé a preocuparme. En la habitación es más fácil ocul-

tarla. Le pongo una alfombra, alguna silla, el trapo del perro. Pero ahora en la cocina iba a estar a la vista de todo el mundo. Y ¿qué iba a decir? Cómo explicás una mancha que no sabés de dónde viene. Y si la culpa es tuya. Fregué y fregué hasta cuartear la punta de mis dedos y nada. Me seguía mirando como burlándose de mi insistencia y en cierto punto de la inocencia de la insistencia.

Entonces se me ocurrió algo que hasta el momento no había pensado. La mancha no viene de arriba me dije, viene de abajo, quizá aún de debajo de otras manchas más antiguas. De una vieja humedad que justo ahora quiere ver la luz. Y ese brotar que no para, y ese color rojo oscuro que no sé por qué me da miedo y vergüenza. Cómo se da fin a algo que viene de abajo, de tan abajo que no sabés de dónde. Busqué una pala y comencé a levantar las baldosas, una por una, toda la superficie que ocupaba la mancha que para este momento era casi toda la casa. Primero el lugar donde había aparecido por primera vez. Luego la del costado y la otra y la otra. La tierra abajo seguía húmeda igual que las baldosas. Toqué con mis dos manos, se mancharon de rojo. Comencé a arrancar fuerte con mis dedos terrones mojados de tierra y a hundirme, lentamente. Debajo de mí , poco a poco, un agujero como un ojo comenzó a abrirse esperándome, quizá desde mucho tiempo, desde antes, ahora sí, para borrar todas las manchas.

LA INVITACIÓN

Ahora, cuando lo pienso, no sé por qué fui.

–Te espero –me dijo– Tenemos que hablar.

–Ni siquiera sé por qué me invitó, pensé, no soy santo de su divina unción. Pero esa innata costumbre de no desahuciar a los demás, aún sabiendo que me traicionó. ¿Qué podía perder? ¿Qué podía ganar?

Pero nunca he llevado la contabilidad de las decisiones, ni prestadas, ni quitadas. Además parecía importante, sin embargo, viniendo de ella y después de tanto tiempo, no era para confiar. La confianza tiene su fe involucrada, y yo tantas veces la extravié. Además el extravío, no es una cuestión de espacios, te podés perder en el mismo lugar y entre la misma gente. (Hasta setenta veces siete, u ochenta). También está la ceguera, vieja argucia de perdidos a conciencia, ver sin mirar a quién, mirar con buenos ojos o con ojos de buey. O simplemente todo junto y nada que ver.

En fin, la curiosidad, me llevaba de regreso a antiguas trampas, en sentido consentido. El pasado es una ruta muy larga que en ocasiones no conviene recorrer, y ¿Si me equivoco?...

Para llegar, tuve que conducir varios kilómetros, o años, no estoy segura.

Salir de mi madriguera, abandonar el límite crucial de las ventanas (Secreto ritual de los candados y de las puertas), olvidar y recordar, si fuera o fuese necesario, olvidar.

Su voz se escuchaba tan amable en el teléfono.

–No me falles, tengo que decirte algo importante.

–Habrá crecido –pensé– de altura formal o subcutánea, de postura inmodesta. O querer creer que alguien ha crecido es lo correcto, crear una nueva situación de olvido, creer es crear una verdad en otro, para redención de sí mismo o alimento incesante de viejas utopías sin estilo (antiguas inocencias me trajeron recuerdos, olvidos). Recorrí el camino necesario, ni un metro más. Llevaba en los bolsillos papelitos, poemas, papelitos, por si algo de nostalgia irrumpía en las expectativas a mitad de destino, entonces yo tendría donde guarecerme.

–Realidad creada por el sujeto poeta para no cosificarse o simplemente ser un loco– otro: realidad creada por un sujeto para no ser un objeto.

Sigue, a continuación el relato precedente.

Cerró la noche su estrategia pululante. Ojos que se cierran, ojos que se abren. Ahora sí me duermo, ahora me arrepiento. Ahora me encuentro, ahora me pierdo. Excusas. Ya llegué, no puedo volver.

Dentro de la sombra, como salida de la nada, una casa blanca, demasiado blanca para tanta sombra. Golpeo - espero - respiro - golpeo - silencio. Tengo miedo, miedo de haber venido.

Se abre la puerta.

Ella, que esperaba, igual que yo, afuera y adentro, me miró como antes, antes de saber mirar y sin extender las manos ni el abrazo me dijo:

–Tenés que saberlo– dos puntos:

Dios no existe.....

RESQUICIOS

Llegó de noche, como llegan todas las cosas importantes. Lo encontré en medio del patio casi arrugado casi desdibujado por el frío. Lo levanté con mis dos manos y lo llevé a la cocina. Sobre la mesada hay un frasco grande, de esos de mayonesa de cinco kilos, lo puse adentro. Me dijo que solo le gustaba el agua tibia en pequeñas cantidades. Que yo iba a saber cuando tuviera sed. Dejé una pequeña luz encendida porque me di cuenta de que la luz le molestaba. Me prometió que en pocos días estaría bien y podría dejar que se fuera, de noche, como había llegado.

Yo le hice prometer que se quedaría en el frasco, donde pudiera verlo.

Los primeros días fueron tranquilos, como si nada hubiera cambiado, pero yo sentía una extraña alegría de persona acompañada. Cada tanto miraba sobre la mesada para asegurarme de que él estuviera adentro, quieto.

El problema comenzó cuando decidió salir y recorrer los sitios de la casa. Nunca estaba segura, ignoraba dónde iba a aparecer. Detrás de la cortina apoyado en los vidrios como una gran mancha negra. En un ángulo esquivo detrás de un sillón o debajo del ropero, asustándome de imprevisto con su presencia. Hasta temí pisarlo.

–Te dije que te quedaras quieto.

Pero las cosas empeoraron cuando quiso salir y acompañarme. Lo escondí debajo de la solapa del tapado y subí al tren como todos los días. Yo podía comprender que no quisiera estar solo en la casa con el silencio, por eso accedí a llevarlo, pero con la condición de que no asomara ninguna parte de su cuerpo afuera de mi abrigo. Demasiados carteles advertían "No se permiten niños ni animales pequeños". No tardé en acostumbrarme a su compañía y a su calorcito húmedo sobre mi pecho. Yo no sabía lo que era cuidar a alguien. Además si el agua tibia era su alimento no entorpecería mis tareas, ni los horarios y si obedecía hasta podría quedarse un tiempo más.

Durante el invierno estuvimos bien, pero se acercaba la primavera. Las noches no eran tan frías, y esa humedad que venía desde afuera con el aroma de los azahares y la madreselva enroscada cerca de la puerta metiéndose en la garganta, en el estómago.

Ya no se lo veía contento, y eso que yo había pintado sobre el vidrio del frasco pequeñas frutas y flores para que no insistiera en salir y andar por ahí en medio del peligro. Nunca habló del lugar de donde venía y yo no pregunté. Debe ser muy lejos para que llegara hasta aquí en ese estado. Ahora está más grande, con tanta agua y abrigo. Ahora tengo miedo de que quiera irse. Mientras duermo lo escucho deslizarse por el granito, bajar hasta el piso y llegar al patio, aun con la puerta cerrada. No puedo estar tranquila, en el patio están los gatos de los vecinos que no saben de límites. Quizá la humedad de las plantas moteadas por el rocío le produzcan más placer que mis cucharadas de agua tibia. ¿Y si le pinto un río? Es bueno quedarse en alguna orilla. Le pongo música, Claro de luna, y entonces se adormece contra el círculo transparente del frasco. Hace varios meses que no abro las cortinas, la luz lo arruga y lo envejece. Tengo que controlar que no salga porque se me pierde entre las ramas y después le cuesta acostumbrarse a su pequeño espacio.

Ahora pongo trapos debajo de las puertas y libros apilados sobre las reji-

llas, cubro las piletas, tengo todo controlado.

Le doy menos agua para que no crezca tanto (no sabría dónde ponerlo).

Pero igual sé que él ya no quiere quedarse, ya no me necesita, humedad en esta época del año se puede encontrar en cualquier parte. Estoy pensando cómo era antes, antes de vivir con alguien. Antes de tener las ventanas cerradas. Tanto sacrificio, él no lo sabe, cómo iba a saberlo.

Hoy, revolviendo, en el último cajón de la mesada, encontré la tapa del frasco, me sentí más aliviada, hace tiempo que debí encontrarla.

MARINA BEATRIZ GIMÉNEZ

Nació el 7 de marzo de 1961 en la ciudad de Santa Fe. Vive en Villa María desde 1996. Escritora, poeta, promotora de lectura y escritura, publicó dos libros de poemas: La morada y el pájaro y La Puerta. Participó en antologías provinciales, nacionales e internacionales con sus cuentos y poemas. Coordina talleres literarios para niñas y niños en diferentes localidades y escuelas. Participó como expositora en el Seminario Internacional "Relaciones de la literatura y los niños en riesgo" auspiciado por la U.N.V.M., Editorial La Bohemia, Ministerio de Educación de la Nación, CONABIP, Embajada de Francia y Banco del Libro de Venezuela.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

LECTURA PARA TOD@S

PLAN NACIONAL DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA

